

La última palabra

## Palabras para Julia

**C**RUZABA solo, de noche, los Montes Universales. Mi viejo Renault traqueteaba penosamente y me dió por imaginar que, escuchado a distancia, su parpadeante rugido ilustraba, con acentos trágicos, la incertidumbre de mi pequeña aventura. A muchos kilómetros de todo poblado me detuve, apagué las luces y salí afuera, resuelto a escuchar el silencio y sentir la noche, esa noche total que pocas veces se nos concede a los hijos de la ciudad. Un viento frío soplaba por el valle angosto, removiendo los bosques invisibles. Exageraba sin duda, pero el caso es que me sentí un poco héroe, por el simple hecho de desafiar unos instantes al destino: si el motor no arrancaba de nuevo (y no había tomado la precaución de detenerme en una cuesta), me vería obligado a arrebujarme en el asiento trasero, bajo la gabardina.

Entonces ocurrió una cosa, al margen de lo ridícula que pudiera ser mi inseguridad de ciudadano expuesto a los rigores de la selva, aunque a favor, sin duda, de estar agudizada mi sensibilidad por las circunstancias, dilatadas mis distancias morales con el mundo: empecé a sentir bajo mis pies una presencia inabarcable, el latido de algo que al principio no supe qué era, algo enorme y cansado que, al traducirse en un sentimiento, pude identificar finalmente. «Aquellos» era España, mis pies pisaban la piel de España. ¡España no era, pues, sólo esa inmunda maravilla que se nos desnuda nada más cruzar al frontera francesa, o el amable refugio que nos saluda al desembarcar en Algeciras! España seguía siendo perceptible desde dentro de la propia España, aunque para ello preciso apagar todas las luces, todos los ruidos...

Aturdido por la revelación, me metí de nuevo en el coche sin osar pensar casi, consciente de que estaba ocurriendo algo, pero que era demasiado pronto para juzgar los acontecimientos. Y no me equivocaba. Allí, en el coche, estaba esperándome otra vez España: encendí la radio y de ella brotó nada menos que la voz de Paco Ibáñez,

como un soplo premeditado que viniera a reavivar el fuego de mi imprevista efusión patriótica... Comprendí que difícilmente podrá ya nadie cantar con tanta y tan española ingenuidad nuestra poesía, la de nuestro dolor y la de nuestras esperanzas, que aquella voz que me movía el alma no era ya la voz de un momento, ni menos aun el de una nostalgia: se había agigantado con el paso del tiempo, con la desaparición misma de las pasiones que la forjaron, y se alzaba ahora como un testimonio irreducible, documento de piedra inalterable: un hito tentador de nuestra más exacta identidad.

Y aquella canción, muy en especial, era quizás de todas las suyas la que más amorosamente cercaba, ceñía y libertaba a un tiempo, haciéndonos a todos uno y a cada uno parte de todos, en el caudal sin dueño de la tradición.

Me vinieron los recuerdos. La primera vez que la había escuchado, hacía ya varios lustros, no era ya Paco Ibáñez (aunque sí, seguía siendo él) quien la cantaba sino una joven, en una pensión granadina. La niña cantaba mientras fregaba las escaleras, y su voz purísima ascendía por el vano con la ligereza de un ave, entraba en mi cuarto y descorría las cortinas, aventaba mis volátiles cuartillas, encendía mis ya encendidos pensamientos. Más adelante, ¿cuántas veces no hube de escuchar esa misma canción por dentro, cuántas veces no acudirían aquellas palabras para Julia a sanarme las heridas, a reconciliarme conmigo mismo? Aquella canción, como el romance del Conde Arnaldos, o el del Cautivo y el Aveclilla, formaba parte de mí, y de todos nosotros. Era anónima, era verdadera.

Pero la noche no terminó ahí. Lo que yo ignoraba todavía, pero iba a saberlo muy pronto, era que «Palabras para Julia» tenía una víctima. Aquella misma madrugada, en efecto, como si yo fuera un caballero encantado y Galdós me hubiera tomado de la mano, conduciéndome a través de disparatadas corrientes subterráneas, y no ya en la soledad de los montes, en la gestación del mito, sino en la realidad viscosa de un bar madrileño, me presentaban a José Agustín Goytisolo. Ni que decir tiene que, de inmediato, ni corto ni perezoso, le expresé mi admiración y mi agradecimiento, un agradecimiento que era el mío personal pero también, sin duda, el de varias generaciones.

—Es como una pesadilla —objetó el poeta, amable y serio—, ese poema me persigue a todas partes, no hay forma de quitármelo de encima.

Añadió luego algo al respecto de un libro inminente, de algo que alguien había escrito y gracias a lo cual esperaba liberarse por fin del poema, «que hice para una niña de siete años, que hoy tiene más de treinta». Goytisolo hablaba quedo, sin afectación ninguna, sin recurrir apenas a la sonrisa.

Pese a mi sorpresa, no tardé en comprenderlo: el agradecimiento puede llegar a ser una pesada carga. Ahora sé que, en adelante, cuando escuche o cante «Palabras para Julia», ya sea para acunar a mi niña traviesa o simplemente para acunarme a mí mismo, para vencer eventuales tentaciones de entrega o apartamiento, de quedarme junto al camino, en esa voz —que será siempre la de Paco Ibáñez, cante quien cante— viajará también, con un temblor apenas señalado, la mirada del poeta que siendo anónimo tuvo nombre, su tristeza discreta y afable, en la que me pareció —un breve atisbo, en un encuentro fugaz— que habían caído vencidas todas las desilusiones. Incluida España, esa España remota que quizás no haya existido nunca.

Agustín CEREZALES